

sagrados misterios del cristianismo inspiraban mas nobles cantos que las composiciones amenudo licenciosas de *Ausonio*, y las poesias ligeras de *Sidonio Apolinario*. *Synesio*, obispo de Ptolomaida y contemporáneo de san Crisóstomo, ha dejado muchos himnos notables tanto por la pureza de estilo como por la elevacion de pensamientos. *Prudencio*, abogado, magistrado y guerrero, se grangeó por sus obras liricas y didácticas el titulo de príncipe de los poetas cristianos. El poema de *Próspero de Aquitania* sobre la gracia ha sido imitado varias veces por Luis Racine. En el siglo séptimo, *Fortunato de Poitiers* (606) escribió en honor de la cruz el himno *Vexilla regis prodeunt*, último monumento de la poesia latina.

Las nobles artes sufrieron una trasformacion tan notable como la literatura. La pintura, el dibujo y particularmente la escultura que por tanto tiempo prestáran objetos sacrilegos á la adoracion de los pueblos, habian de hacerse sospechosas á los enemigos de la idolatria todavia subsistente. Sin embargo el culto católico no dejó de honrar y multiplicar las imágenes; ya hemos visto que las defendió enérgicamente contra el temerario celo de los iconoclastas; pero en aquellos primitivos tiempos consideró mas la santidad del objeto que la perfeccion de las formas. La arquitectura, á la que al parecer hubo de arrastrar consigo la ruina del imperio, iba á resucitar para satisfacer las necesidades del culto, y á tomar un nuevo vuelo. La basilica romana que no habia sido profanada por el culto de los dioses falsos recibió nuevas creces para formar el templo cristiano. En medio de los santuarios del paganismo, Constantino habia erigido las iglesias de San Juan de Letran, y de Santa Inés. La rotunda de Ravena, levantada por Teodorico, y Santa Sofia de Constantinopla, merecen citarse en primer lugar por su atrevida arquitectura y dimensiones colosales; pero los monumentos notables en el estilo *romano* ó *bizantino* corresponden casi exclusivamente al período siguiente, que vió desplegarse el genero *gótico* ú *ogival*, origen de todas las maravillas de la arquitectura en la edad media (V. el cap. último).

CAPITULO VII.

MAHOMETISMO

SUMARIO.

- § I. Descripción de la Arabia. Arabia Desierta, Petrea y Feliz. Los Sabeos y los Ismaelitas. Sus costumbres.—Estado religioso de la Arabia antes de Mahoma.
- § II. Historia de Mahoma; sus primeras predicaciones; conversion de su primo Ali; su fuga ó hégira.—Primera expedicion de Mahoma contra los habitantes de la Meca; batalla de Beder.—Insolente embajada de Mahoma al Emperador, al rey de Persia y al de Abisinia.—Victoria de Muta.—Toma de la Meca.—Muerte de Mahoma.
- § III. Del Alcoran; su origen; sus principales dogmas; hábil combinacion del judaismo y del cristianismo; prácticas impuestas á los Musulmanes. Fatalismo.
- § IV. Abu-becre, primer califa. Principio de la guerra santa; hazañas de Kalid; batalla de Yermuk; conquista de la Siria; Amru invade el Egipto bajo el califato de Omai.—Conquista de la Persia, despues de la Victoria de las victorias, bajo Otman.—Califato de Ali; guerra civil; asesinato de Ali.—Moavia funda la dinastía de los Omiades.—Infructuoso ataque contra Constantinopla.—Sucesos en Africa.—Tarik alcanza la victoria de Jerez.—Progresos en Oriente y en toda el Asia central y meridional. Los Musulmanes son rechazados de Constantinopla por el fuego griego.—Estension del imperio musulman.—Lucha de los Abasidas contra los Omiades.—El califato de Oriente queda por los Abasidas; Abderramen en Córdoba.
- § V. Período brillante del califato de Oriente.—Almanzor. Al-Mehadi.—Glorioso reinado de Arun-el Raschid.—Estado florido del Oriente bajo su califato; toman vuelo las letras, las ciencias y las artes.—Al-Mamun, digno sucesor de Arun.
- § VI. Decadencia del califato; desmembramiento del imperio agareno.—Dinastía de los Edrisitas y de los Aglabitas en Africa.—Los Fatimitas.—Influencia de la milicia turca.—El emir Al Omra.—Mamud el Gaznevida se hace independiente en Persia.—Progresos de los Turcos Sedjukidas.—Togrul-Beg, Malek-Schah.—Conquista del Asia-Menor y de la Siria.
- § VII. Conquista de España despues de ocurrida la batalla de Jerez.—Muza reemplaza á Tarik y luego es depuesto.—Los cristianos en Asturias; primicias de sus triunfos.
- § VIII. Abderramen el Omiada funda el califato de Córdoba. Estado de España bajo la dominacion de los Arabes.—Riqueza y

civilización.—Hazañas de Almanzor.—Decadencia y caída del califato.

§ IX. Excursiones de los Arabes en el litoral de Grecia, de Francia y de Italia. Conquista de la Sicilia, de la Córcega y de Cerdeña.

PRIMERA PARTE.

LOS MUSULMANES EN ASIA Y AFRICA.

§ I.—ESTADO DE LA ARABIA ANTES DE MAHOMA.

Al sur de la Siria y al Oriente del Egipto, se halla situada una vasta península, que los antiguos geógrafos dividieron en tres partes llamadas Arabia Desierta, Arabia Petrea y Arabia Feliz.

«La naturaleza carecê de vida en los desiertos de la Arabia, el cielo es de bronce, y nada mitiga el ardor de los rayos del sol. Desde la cumbre de las colinas despojadas por los vientos de toda vegetacion, se descubren extensas llanuras, en las cuales en vano busca el fatigado viajero una sombra que le proteja ó un objeto sobre que reposar su cansada vista. Un inmenso espacio le separa de todo ser viviente. De trecho en trecho, al pié de algunos grupos de palmeras aisladas, vese serpentear un arroyuelo que va á perderse en las arenas. Estos sitios de descanso solo son conocidos del árabe, y solo él los habita. Acostumbrado á una vida frugal, halla con que satisfacer sus necesidades. Allí conduce á los esclavos y los tesoros de que despojara á las caravanas; allí es donde se halla al abrigo del terrible simun, *el ángel de la muerte*, cuyas exhalaciones sulfurosas sufocan á hombres y animales.» Al norte de la Arabia varia de repente el aspecto del país. Inmensos trozos de granito amontonados en desorden, muestran los estragos de los volcanes apagados. En medio de esos gigantescos despojos se eleva la cordillera del Sinaí, en cuyos valles, fértiles en herbazales, se apacientan numerosos rebaños. La playa del mar Rojo conduce al Yemen ó Arabia Feliz, rica comarca donde se dan en abundancia el incienso, el bálsamo, la canela y el café. El suelo está cultivado hasta la cima de las montañas, y un activo comercio atrae á los extranjeros de todas partes.

Al principio de la edad media habitaban la Arabia dos poblaciones distintas en origen y costumbres: los Sabeos, que generalmente eran de costumbres sedentarias y habitaban las ciudades, se dedicaban al cambio de los preciosos productos de su comarca por el oro de los otros pueblos; los Ismaelitas, errantes como los hijos de Abraham, de los cuales descendian, se ocupaban continuamente en disputar á los demas hombres su parte de herencia de que siempre han estado escludidos. Asi como los Beduinos de nuestros dias, los Ismaelitas, hijos del desierto, recorrian los dilatados arenales, unas veces para sacar contribuciones de los viajeros, otras para defender las caravanas que habian satisfecho los derechos de escolta al grande emir del desierto. Vivian del pillage y no obstante recibian con placer al estrangero que iba á buscar asilo bajo su tienda; la hospitalidad era su principal virtud. Reunidos á las órdenes de un jeque ó de un emir, que era su juez en tiempo de paz y su caudillo en la guerra, formaban poblaciones independientes y á veces hostiles entre si cuando no se reunian para acudir al pillage. Dotados de imaginacion rica y ardiente eran aficionados á los cantares de los poetas, y de muy antiguo habian adoptado las fábulas del paganismo, ornadas con las ilusiones orientales. El sabeismo de la Persia habia logrado introducirse á su vez entre esos pueblos, sin borrar las tradiciones de sus padres, que habian conservado en el centro de la Arabia algunos dogmas de la religion judaica. El cristianismo habia hecho prosélitos entre los pueblos nómadas del norte; y en el mediodia el Nego de Abisinia, que salió vencedor del rey de Yemèn, habia colocado en el trono una dinastía cristiana. Un hábil impostor iba á combinar las cuatro religiones para formar de ellas otra religion nueva; y aparecia un hombre para lanzar en nombre de Dios, á los salteadores del desierto á conquistar el mundo. (este era *Mahoma*).

§ II.—VIDA DE MAHOMA.

Mahoma, de la tribu de los Koreischitas, descendientes de Ismael, nació en la Meca en 570. Huérfano á la edad de cinco años, casó á los veinte y cinco con una viuda rica; á cuyo servicio habia hecho el comercio de las cara-

vanas, y pasó en el retiro los quince primeros años de su matrimonio, ocupado en combinar la extraordinaria empresa que había de cambiar la faz á la mitad del mundo. Cada año permanecía encerrado un mes en una caverna del monte Hera, cerca de la Meca. De repente anuncia que el ángel Gabriel le ha aparecido, y presentádole un libro diciéndole: «Lee, en nombre del Señor que te ha criado; pues tu eres el apóstol de Dios.» Declaróse elegido de Dios para enseñar á los hombres una religion mas perfecta que la de los judíos y la de los cristianos; presentóse como un profeta anunciado por las escrituras, mas grande que Moisés, mas grande que Jesucristo. Su muger Kadija y su esclavo Seid dieron crédito á sus primeras palabras. Reunió en un festin cuarenta personas de su familia prometiéndoles todos los bienes en este mundo y la vida futura si abrazaban su doctrina. El jóven Ali, su primo, de edad de catorce años, exclamó con entusiasmo: «Oh gran profeta! yo seré tu compañero y tu visir! Y á cualquiera que contra tí se levante, le romperé los dientes y le despedazaré las entrañas!» Pero todos los demás procuraron disuadirle de un proyecto que tenían por una locura. No pudiendo alcanzar nada con sus instancias ni con amenazas, dieron la voz de alarma á los habitantes de la Meca; hasta la tribu de los Koreischitas declaróse casi toda contra el impostor, y se espidió un decreto de muerte contra Mahoma. Huyó el profeta á Yatripa, llamada desde entonces Medina (ciudad por excelencia). Esto aconteció en el año de la hégira ó huida (622) que sirvió posteriormente de base á la cronología musulmana.

Desde entonces data en efecto el triunfo de Mahoma; los habitantes de Medina se declararon en su favor, tanto por su enemistad contra los de la Meca, como por confianza en las palabras del profeta. Luego que Mahoma creyó bastante fuerte á su partido, le hizo tomar las armas. Habiendo sabido que una partida de Koreischitas regresaba de Siria con una rica caravana, fue á esperarla en una emboscada cerca de los pozos de Beder. Atacados de improviso los Koreischitas, perdieron sesenta hombres, y este asesinato dió principio á la sangrienta predicacion del *islamismo* que había de cubrir al mundo de ruinas y de sangre (629). A poco tiempo la derrota de diez mil hombres bajo los muros de la Meca, vengó un pequeño

descalabro de los partidarios del profeta; por medio de un tratado se hizo conceder permiso para visitar en la Meca el templo de la Kaaba, edificado segun se dice por Abraham, y frecuentado por una multitud de peregrinos que iban á visitar la famosa *pedra negra*, venerada por los Arabes como el primitivo núcleo del mundo. La toma de Kaibar, ciudad poderosa de los judíos, puso el colmo á sus victorias y le inspiró tal orgullo, que se atrevió á escribir al emperador Heraclio, al rey de Persia, al rey de Abisinia, á todos los emires árabes y al gobernador de Egipto: «En nombre del que ha criado el cielo y la tierra, os mando que creais en Dios, y en Mahoma su profeta.» Esta insolente intimacion fue recibida con el debido desprecio. Pero al año siguiente, el ejército de Heraclio fue derrotado por primera vez, cerca de *Muta* por los musulmanes, quienes hicieron en aquella jornada prodigios de valor. El porta-estandarte Giafar, á quien la espada enemiga cortó la mano derecha, empuñó la bandera con la izquierda, y separada tambien esta de su brazo; cogió entonces el estandarte entre los muñones de sus brazos y lo sostuvo estrechado contra su pecho hasta que cayó muerto. El valor de *Kaled*, uno de los tenientes de Mahoma, decidió de la victoria. Nueve alfanges rompió en su mano durante la batalla. Al eco de la fama de tan célebre triunfo, la Meca abrió sus puertas; cayeron los trescientos sesenta ídolos de la Kaaba, y el templo de la Meca fue el primer santuario del *islamismo* (islam, fé que salva). La Arabia entera recibió de grado ó por fuerza la nueva ley. Y en el año de las *embajadas* (631), Mahoma vió llegar á Medina los enviados de Heraclio, los del gobernador de Egipto, y los de los principes del Yemen solicitando la amistad del vencedor. Poco despues el profeta murió de una enfermedad de languidez (632); creyóse que le había envenenado una muger judia cuando la toma de la Meca. Sintiendo llegar su última hora, hizose conducir á la mezquita de Medina, y dijo al pueblo: Si alguien hubiere recibido de mi mano golpe alguno, coja este palo y sacúdame con él; si soy deudor de alguna cantidad á alguien, ved ahí mi bolsa, satisfágase su crédito! Un hombre reclamó tres dracmas y Mahoma se las pagó dándole gracias por haberle acusado en este mundo y no en el otro.

§ III.—IDEA DE LA LEGISLACION RELIGIOSA DE MAHOMA Y DEL ALCORAN.

Al morir Mahoma no dejó un cuerpo de doctrina. Su suegro Abu-bece se apresuró á recoger las sentencias, las instrucciones y todas las relaciones de visiones y revelaciones que Mahoma habia dejado dispersas, y de ellas formó el *libro por excelencia*, el *Alcoran*. En esta estraña coleccion se hallan grandes verdades entremezcladas con absurdas ilusiones y errores deplorables. Mahoma habia recibido las esplicaciones del Evangelio de los labios de un monge, las del Pentateuco de los de un rabino; estos habian sido sus genios inspiradores. Para obligar á aceptar sus dogmas, unió al atractivo de una moral fácil y corrompida el terror que inspiraban los feroces propagadores del islamismo. ¿Como hubiera podido resistir el Oriente, victima entonces de la confusion de creencias, á una religion que imponia al hombre el placer bajo pena de muerte, á la religion del sable y del serrallo? Anunciábase el Alcoran no como la destruccion, sino como el complemento y la perfeccion de la Biblia y del Evangelio. «Seis profetas, decia Mahoma, han enseñado la verdad á los hombres, Adam, Noé, Abraham, Moisés, Jesucristo y Mahoma. El último es el mayor de todos. Es el *espíritu de verdad* anunciado por el Evangelio.» De este modo queria evitar Mahoma el desvío de los judíos y de los cristianos, para quienes por otra parte reservaba los abismos menos profundos de su infierno.

La mayor parte de los dogmas y prácticas de los Musulmanes eran estraidos de una ú otra de entrambas religiones; no hizo Mahoma mas que acomodarlos á las ideas, á las preocupaciones é inclinaciones de los orientales. Renovó los preceptos de la Biblia sobre las frecuentes abluciones, la prohibicion de comer de ciertos manjares, y la circuncision. Obligó á los fieles musulmanes á rezar cinco oraciones al dia para sobreponerse á las cosas mundanas, á observar el ayuno mayor del Ramadan, á imitacion de la cuaresma de los cristianos, á practicar una vez en la vida la peregrinacion á la Meca, y á distribuir á los pobres la centésima parte de sus haberes.

No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta:

tal es la mácsima fundamental del Alcoran. De este modo Mahoma se separaba enteramente de los fundamentos de la idolatría; aunque de ella habia tomado sus ideas profanas y seductoras acerca de la vida futura; prometianse á los elegidos todos los placeres de los sentidos.

A fin de inspirar á sus sectarios ciega fé en sus palabras y una energia irresistible, no les permite Mahoma leer otro libro mas que el Alcoran: las luces de la instruccion hubieran sin duda alguna descubierto sus imposturas; enséñales el dogma de la fatalidad, que los hace indiferentes al peligro; promete lugar preferente en el paraíso al Musulman valiente que muera en el campo de batalla, y el infierno al cobarde que huya á vista del enemigo.

«Podrá existir alianza alguna entre Dios, su apóstol y los idólatras? dice el libro sagrado. Matad á los idólatras en donde quiera que los halláreis, cercadlos, sorprendedlos en emboscadas; no les perdoneis sino á condicion de que se conviertan. Y si temiereis alguna perfidia de parte de una nacion, obrad del mismo modo con respeto á ella (1).»

§ IV.—ALI.—LOS OMIADES.

Ali, el primero de los creyentes, parecia destinado á suceder á Mahoma; pero su viuda Ayesca logró hacer proclamar á su padre, *Abu-bece, califa*, ó vicario del profeta. Llamó luego este á los creyentes para proceder á la conversion de los infieles, y dió la señal de la *guerra santa*. La Siria, su comarca mas inmediata, fue atacada primeramente, invadióla Kaled, la *cuchilla de Dios*, al frente de cinco mil hombres endurecidos en toda clase de fatigas en la vida errante del desierto y ardentemente entusiasmados. La señalada victoria de *Yermuk*, que acarreó la sumision de la Siria (638), coronó los brillantes sucesos de los Musulmanes en el califato de Omar. Invadido el Egipto por Amru (638); Memfis abre sus puertas, y cae Alejandria despues de una resistencia de catorce meses; esta ciudad poseia la biblioteca mas rica del mundo: «Si estos libros están acordes con el Alcoran, dijo el califa Omar, son inútiles; de lo contrario, son perniciosos, por consi-

(1) Alcoran, cap. IX.

guiente, en ambos casos es preciso destruirlos.» Y por mandato del bárbaro musulman, los tesoros de los antigüedad sirven para calentar el agua de los baños de Alejandria.

Al mismo tiempo conquistaban la Persia. Acababa de ceñir la tiara el joven Yezdegerdo III, despues de prolongados disturbios interiores, cuando los ejércitos árabes se presentaron en las fronteras. La terrible batalla de *Kadesiah* (636) que duró tres dias, arrojó á los Persas mas allá del Tigris; y no obstante la tenaz resistencia del joven rey, en 642, la *victoria de las victorias* completó la conquista. El desgraciado Yezdegerdo abandonado de todo el mundo, fue asesinado pocos años despues, y con él se estinguió la dinastía de los Sasanidas.

Murió Omar en 644, gloriándose de haber contribuido mas que el mismo profeta á los progresos del islamismo, y de haber destruido cuarenta mil templos de cristianos, judíos, magos ó idólatras; bajo su sucesor Otman cayó Yezdegerdo y se completó la conquista de la Persia.

Ali, fiel compañero del profeta alcanzó por fin el califato (655); pero su elevacion causó su pérdida. Ayesca, que por tres veces habia logrado hacer triunfar á los rivales de Ali, ecsitó contra este á Amru gobernador del Egipto y á Moavia gobernador de Siria. Cinco años duró la guerra civil, y para terminarla, tres fanáticos se decidieron á degollar á los tres pretendientes, eligiendo cada uno su víctima: tan solo pereció Ali y en vano sus descendientes disputaron la herencia paterna á sus rivales.

Moavia se hizo proclamar califa y fué el gefe de la dinastía de los Omiades. El fué el primero que envió sus flotas contra Constantinopla, confiado en la palabra del profeta que habia prometido un lugar glorioso en el paraíso al primero que atacaria la ciudad de los emperadores. Mas estos tenían en su auxilio el fuego-griego. « Este fuego no se apagaba en el agua, todo al contrario la descomponia y hallaba en ella nuevo pábulo. Caía de los muros á torrentes ó en vasos de hierro albo; hendia el mar en brutos arrojados violentamente contra la flota enemiga; encerraba el estruendo y la velocidad del rayo y disipaba las tinieblas de la noche por medio de una espantosa claridad. » La primera vez que lo usaron hizo huir á los Ara-

bes, y *Moavia* se vió obligado á pagar un tributo (678). Mas felices eran en Africa las armas sarracenas. En vano la reina Kaina habia llamado á defender la patria á todas las tribus; en vano su intrépida resistencia logró la primera vez rechazar de su territorio á los Arabes; á su muerte el país fué presa de la invasion. Asan tomó á Cartago (698) y Muza redondeó la conquista del Africa hasta el litoral del Océano Atlántico. Impúsose el islamismo á los vencidos, y el cristianismo desapareció al par de la civilizacion de esta comarca donde tanto floreciera poco antes. A la conquista del Africa siguióse luego la de la España.

Llamados por el conde don Julian (V. cap. II), cinco mil musulmanes pasaron el estrecho bajo las órdenes de Tarrik, lugar teniente de Muza. La grande batalla de Jerez (711) en la que halló la muerte el rey Rodrigo, destruyó el poder de los cristianos, y los que escaparon huyeron con Pelayo á las montañas de Asturias (V. § VII).

Continuaban las conquistas en el Oriente. Bajo el califato de Ualid, quien habia enviado á Muza, los ejércitos musulmanes aparecieron en las fronteras de la China y aterrorizado el emperador por la aproximacion de unos hombres á quienes ningun obstáculo podia contener, se apresuró á ofrecerles un tributo y enviarles ricos presentes; á su regreso sometieron á su dominio toda el Asia central hasta mas allá de las ribéras del Indo y del Ganges. Solo el Asia Menor les contenia todavía, y el Tauro formó durante mucho tiempo el limite de sus posesiones. El segundo ataque dirigido contra Constantinopla no tuvo mejor resultado que el primero: el terrible fuego griego consumió tambien la flota musulmana (717).

Ochenta años despues de la muerte de Mahoma, su imperio habia adquirido una estension inmensa. En Europa abrazaba la peninsula hispánica y las islas Baleares; en Africa toda la costa septentrional desde el Océano Atlántico al mar Rojo, en Asia, la Arabia, la Palestina, la Siria, la Persia, la Armenia y las provincias del Cáucaso, el Turkestan, las dos Bukarias; y casi toda la peninsula del Indostan. En menos de un siglo se habia erigido una dominacion mas vasta que la de los Romanos y de Alejandro. Mas estaba ya próxima á dividirse, y una gran revolucion iba á preparar el camino á la reaccion futura de la religion y de la libertad.

Los descendientes de Abbas, tío de Mahoma, se sublevaron en el reinado de *Merwan II.*, sostenidos por los partidarios de Ali, enemigos irreconciliables de la raza usurpadora. Principió una guerra sangrienta entre los Abasidas y los Omiades, entre la *bandera negra* y la *bandera blanca*, esta era una contienda política y religiosa á un tiempo. Vencido Merwan fué muerto y ochenta individuos de su familia degollados por orden de su rival *Abul-Abbas* y el califato de Damasco fué la herencia de una nueva dinastía. Al mismo tiempo un Orniada que se habia salvado de la mortandad de su familia, *Abderramen*, huyó á España, derrotó al teniente de los Abasidas y se declaró independiente en Córdoba (787) (V. §. VIII).

§ V. LOS ABASIDAS.

Asi como la era de los Omiades habia sido el periodo de las conquistas: la de los Abasidas, destinada á presenciar la decadencia y la ruina del califato, tuvo tambien su época de pujanza y de gloria. El ciego fanatismo de los sectarios de Mahoma cedió á la influencia de la civilizacion naciente, y el carácter árabe, que se habia ostentado con tan espantosa energia, manifestóse despues bajo un aspecto menos terrible, pero no menos brillante.

Despues de la muerte del sanguinario *Abul-Abbas, Almanzor* (el victorioso), fundador de Bagdad (762), llevó sus ejércitos al norte del mar Caspio, y concedió generosa proteccion á las letras y á las artes. El reinado de *Mohamed-al-Mehadi*, el reformador de la justicia, preparó el de *Arun-al-Raschid*, cuya ilustre carrera empezó con una brillante espedicion al Asia-Menor (780). Bajo el cetro de este ilustre principe elevose el califato al mas alto grado de esplendor. Vencedor por ocho veces de los Griegos, impuso *Arun* un tributo á la emperatriz *Irene* y obligó á humillarse ante su cetro á todos los pueblos del Asia central. Brillaron al mismo tiempo las artes pacificas bajo el patronato del califa; y cansados los Arabes de amontonar ruinas, dedicáronse al fin á reconstruir los edificios: los campos por tanto tiempo desolados se cubrieron con lindas casas de recreo; y alegres jardines sostenidos por enormes muros en las faldas de las montañas, recordaban los pensiles de Babilonia. El palacio del califa, por

la maravillosa riqueza de sus adornos era como el tipo de esas habitaciones encantadas que nos pintan los cuentos árabes. Entusiastas de todo genero de gloria, ambicionaron los Orientales las victorias literarias al par que las victorias militares: su ingeniosa y fecunda imaginacion se aficionó á las ficciones graciosas, á las invenciones fantasticas y á las relaciones sentimentales, de las cuales el mismo califa dió el mas célebre modelo en sus cuentos de las *Mil y una noches*. Las meditaciones abstractas gustaron á los Arabes al par que la poesia: los hombres de Oriente se convirtieron en filósofos, y muchos de ellos estudiaron con mas ahinco á *Aristóteles* que al *Alcoran*: híciéronse populares en Oriente las fórmulas del *Estagirita*, y la religion misma del islam no pudo preservarse de la influencia de las ideas peripatéticas. Las ciencias exactas habian progresado mas en la corte de *Al-Raschid* que en Europa, y mas de una vez los Arabes fueron maestros de los Europeos. A ellos deben el conocimiento de los guarismos de que todavía usamos el dia de hoy, y que con tanta ventaja reemplazaron á las cifras romanas. A los Arabes pertenece sino la invencion por lo menos la aplicacion del álgebra, de ese admirable instrumento de los descubrimientos matemáticos. La química y la medicina gozaban de gran prestigio en Bagdad: los médicos *Avicena* y *Ayerroces* adquirieron inmensa reputacion. á la cual preciso es decirlo, contribuyó sin duda el uso de remedios maravillosos que mas adelante la esperiencia ha debido reprobear. Sábese ya que *Arun-al-Raschid* envió á *Carlomagno* el primer reloj que haya habido en Europa. Por último al servicio de postas estaba organizado en las provincias del califato sieteientos años antes de que se estableciera en Francia.

El califa *Al-Mamun*, digno sucesor del grande *Arun*, comisionó á muchos sabios para que anduviesen recogiendo las obras de reconocida utilidad y las vertiesen en lengua árabe, á pesar de la oposicion de los teólogos árabes que calificaban de blasfemia toda reproduccion de la literatura y de la filosofia griega; y solo pudieron recabar que terminadas las traducciones, *Al-Mamun* quemara los originales.

§ VI. DINASTIAS INDEPENDIENTES. — LOS TURCOS
SELDJUKIDAS.

Tamaño esplendor pudo disimular por algun tiempo pero no destruir los principios de decadencia que la dominacion árabe llevaba en su seno. El entusiasmo musulman que habia tenido una fuerza irresistible para vencer y conquistar, no podia menos de causar desórdenes y disolucion cuando se trataba de asegurar y regularizar las conquistas. El fanatismo y la ambicion iban á destrozarse muy pronto el inmenso imperio que habian creado. Ya durante el reinado del gran califa Arun-al-Raschid, *Ibhráhim-ben-Aglab* se habia negado á pagar el tributo y habia fundado en el Africa septentrional la dinastia independiente de los *Aglabitas*, que por espacio de dos siglos dominó en el Mediterráneo y se apoderó de Córcega de Cerdeña y de Sicilia (V. § IX). *Edrisis*, otro de los tenientes de Arun, se emancipó de la dominacion del califa (829), y edificó la ciudad de Fez en la costa occidental del Africa, que fue la capital de los *Edrisitas*. Mientras algunas tribus tártaras, recién convertidas al islamismo, desmembraban el califato de Oriente y fundaban la dinastia de los *Amadanidas* en Mesopotamia (892), y de los *Buidas* en Persia (933), sublevados los *Fatimitas* á la voz de un sectario que se anunciaba por sucesor de Mahoma y el último de los profetas, hicieronse prepotentes en Africa y sojuzgaron á los descendientes de Edrisis y de Aglab (969). Moez-Billah fundó la ciudad del Cairo, que fue silla de un nuevo califato: cuando le preguntaban por sus titulos, respondia el gefe de los *Fatimitas* enseñando su sable y sus tesoros: « Ved aqui mi geneologia y alli mi familia! » Sus sucesores conservaron el Africa y el Egipto hasta ultimos del siglo duodécimo. (V. cap. XII).

Amenazados por la universal desmembracion los califas de Bagdad, se lisongearon de recobrar la fuerza del poder que escapaba de sus manos, atrayéndose temibles auxiliares. La milicia turca, valiente como los árabes de Mahoma, habia sido admitida, en 844, en la guardia del califa; pero esos hombres orgullosos é independientes commovieron muy pronto el imperio para cuyo sosten

habian sido llamados, y sus revueltas no cesaron de ensangrentar el trono. En el espacio de veinticinco años (846-870), cinco califas cayeron asesinados, y al final del siglo noveno dió el último golpe á la dinastia abasida una sublevacion de los árabes del desierto. Al-Radi incapaz de defender su herencia contra esa serie de usurpaciones é insurrecciones, puso su desfalleciente poder bajo la proteccion de una autoridad mas enérgica que la suya, y confió á un turco de la familia de los Buidas la dignidad de *emir Al-Omra*, ó *principe de los principes del imperio del califa* (934). Este empleo obtuvo la misma influencia en Oriente que en Francia el de los máires de palacio. El emir usurpó toda la influencia politica al califa no dejándole mas que una vana supremacia religiosa.

Sin embargo el poder de los emires Al-Omra no sobrevivió mucho al de los califas. De conquista en conquista avanzaron los Fatimas al traves de la Palestina y de la Siria hasta Bagdad, y obligaron al emir á pagarles tributo (985). Pocos años despues, la Persia sometida de mucho tiempo á los Buidas, cayó en poder de *Mahmud*, el *Gaznevida* cuya dinastia iba tambien á ceder luego á otra nueva dominacion.

La pujante tribu de los Turcos Seldjukidas bajó de las orillas del mar Caspio y del Oxo acaudillada por el valiente *Togrul-beg* á quien habrá proclamado rey (1038). *Togrul* echó á los *Gaznevitas* hacia el Indo, tomó á la familia de los Buidas el empleo de emir Al-Omra, y se sentó en el trono al lado del califa, quien colocó dos turbantes sobre su cabeza, símbolo de las coronas de Persia, y de la Arabia, y le ciñió dos espadas como á señor del Oriente y del Occidente. *Alp Arslan* (1063), hijo de *Togrul*, avanzó en las comarcas del Asia-Menor defendidas valerosamente por el emperador romano Diógenes, y habiendo vencido á este principe por la defeccion de unas tropas mercenarias, le obligó á besar la tierra en su presencia (1071). En el reinado de *Maleh-Schah*, el imperio de los Seldjukidas se estendia desde el extremo del Yémen hasta el mar Caspio y desde las fronteras de la China hasta las playas del Helesponto. Solamente el Egipto quedó en poder de los *Fatimitas*. Los Griegos apenas conservaban algunas ciudades del Asia-Menor. Mas la division de la

vasta herencia de Malek-Schah en cuatro sultanías (4072) preparaba los sucesos de la primera cruzada.

SEGUNDA PARTE.

LOS MUSULMANES EN EUROPA.

§ VII. INVASION DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA.

La batalla de Jerez había señalado el fin de la monarquía goda: la España cristiana parecía anonadada. Vencedores los Sarracenos penetraron al mando de Tarik hasta el corazón de la península, devastaron la Andalucía y tomaron á Toledo; mientras tanto un corto número de guerreros, que se habían salvado de la derrota de Jerez, se refugiaban en las quebradas de Asturias, bajo el mando de Pelayo, descendiente, según dicen, del rey godo Recaredo. Fieles estos héroes á su Dios y á su patria, conservaron en el destierro el sagrado depósito de la religión y de la independencia. De allí habían de salir un día los sucesores de Pelayo para volver á esas provincias esclavizadas y musulmanas la fe cristiana junto con la libertad. Estendiose entretanto rápidamente la dominación árabe con el resto de España. Envidioso el emir Muza de la gloria de su teniente, atravesó el estrecho con diez y ocho mil hombres, y á su aproximación se sometieron todas las provincias, sucumbiendo á su vez Medina, Sevilla y Beja. Solo el godo Teodemiro conservó en la Bética oriental la provincia de Murcia ofreciendo pagar un tributo. No obstante Mérida, en otro tiempo una de las más célebres colonias romanas y capital entonces de la Lusitania, resistía con valor, esperando que las fatigas de la guerra y los muchos años la libertasen de su enemigo. Muza triunfó por medio de una estratagema: hizo teñir de negro las canas de su barba; y para causar mayor ilusión, recibió á los enviados cristianos en el interior de una tienda en donde apenas penetraba la luz del día. Asustados los diputados de esta metamorfosis, manifestaron á sus compatriotas cuan vanas eran sus esperanzas y al momento se entregó la ciudad.

Con todo Muza, que había quitado el mando á su teniente Tarik después de haberle indignamente azotado, fue también depuesto por el califa. Volvió al Oriente cargado con las riquezas que los Godos habían amontonado en el espacio de tres siglos, dejando el gobierno de la España conquistada á su hijo Abdelasis, que se había distinguido por sus brillantes hazañas durante la invasión; mas su enlace con la viuda del rey Rodrigo despertó la desconfianza del califa, quien le hizo asesinar en la mezquita de Córdoba. Muza, conquistador de España, privado de sus tesoros y desterrado á la Meca por el tirano, murió de sentimiento al saber el trágico fin de su hijo. Mas fue inútil que los califas pusiesen á los Walis ó gobernadores de España bajo la dependencia de los vireyes de Africa; la cruel y suspicaz política de los Señores del oriente no pudo conservar mucho tiempo bajo su poder aquella lejana posesión.

Tras una lucha sangrienta el cetro de Oriente acababa de pasar á una nueva dinastía (V. § V), y un solo descendiente de los califas Omiades, Abderramen (Abd-Alrahman, *servidor del misericordioso*) se había libertado del hierro de los asesinos (750). Mientras que el Wali de Africa ponía precio á su cabeza, tres jeques de Córdoba le ofrecían la conquista de España, en donde la raza de Omiah conservaba numerosos partidarios. Abderramen pasó el estrecho con mil caballos, derrotó á Jucef, gobernador abasida, y habiendo sido proclamado *emir Al-Mumenim*, estableció en Córdoba el segundo imperio musulmán. Con todo no osó tomar el sagrado título de califa ni lo llevaron sus sucesores hasta cincuenta años después (4).

(4) «Todos los países musulmanes, sin exceptuar el Africa hasta el Oceano Atlántico, se habían sometido á la revolución que acababa de efectuarse en las provincias orientales del imperio. Aunque Abd-Alrahman, estaba investido de una autoridad independiente que comprendía así lo espiritual como lo temporal, se halló reducido á una parte de la España, lo que sin duda le impidió arrogarse el título de califa, é indujo á sus sucesores á contentarse con el de emires hasta el principio del siglo décimo. Asemani ha sostenido equivocadamente lo contrario engañado por escritores árabes modernos.» (Reinaud, *Invasiones de los Sarracenos*).

§ VIII. CALIFATO DE CÓRDOVA (4).—ESTADO SOCIAL Y POLÍTICO DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA.

Abderramen y sus sucesores hicieron increíbles esfuerzos para afirmar su poder y reconstituir la nación española enlazando á los antiguos habitantes con la nueva población, no tanto por la fuerza de las armas, como por el glorioso prestigio de que supieron rodear su trono. Un gobierno generalmente suave y humano reparó los males de la invasión. Los vencidos conservaron sus leyes y sus magistrados y pudieron ser juzgados por sus propios tribunales, menos cuando habían ofendido á un musulmán: la población conquistadora no estuvo escenta del impuesto, aunque pesara la mayor parte sobre los cristianos; permitiose á estos el libre ejercicio de su culto con la condicion de que no atacasen publicamente la fe musulmana. Las principales iglesias se habían convertido en mezquita; las otras quedaron en poder de los cristianos á quienes ni siquiera se prohibió el uso de las campanas que en Africa y Asia habia sido suprimido en todas partes. Respetáronse las propiedades y solamente se apropiaron los Arabes los antiguos dominios del Estado ó las tierras que habían quedado despobladas por efecto de la guerra. Volvió á florecer la agricultura en toda la península protegida por los nuevos soberanos. Muchas plantas útiles traídas del Oriente y naturalizadas en un suelo feliz, contribuyeron al bien estar y á la riqueza de las campiñas, y junto á los productos occidentales se elevó la palmera del desierto. La España fue la comarca mas poblada é industriosa de Europa. La brillante civilización que ilustró en Asia los reynados de Arun y de Al-Mamun reflejó con igual brillo en la Europa musulmana; los emires de Córdoba fueron dignos émulos de los señores de Bagdad. Alentadas las artes con la pródiga liberalidad ó por el ejemplo de los soberanos desplegaron toda su magnificencia: el mismo Abderramen dió el ejemplo de tra-

(4) Este titulo no es exacto hasta el reynado de Abderramen III el Grande.

bajar diariamente y con sus propias manos en la erección de una soberbia mezquita sostenida por mas de mil columnas. Córdoba, capital del nuevo imperio, fue el santuario de las letras y de las ciencias. Franqueaban sus puertas al público setenta bibliotecas y setecientas escuelas ofreciéndole un copioso manantial de instrucción. Las cuestiones importantes de filosofía y de literatura se controvertían en una academia compuesta de cuarenta miembros. Seis poderosas ciudades rivalizaban en esplendor con la capital; cuatrocientas poblaciones de orden inferior se grangeaban riquezas por sus transacciones mercantiles, y las márgenes del Guadalquivir ostentaban hasta mil doscientas aldeas rodeadas de fértiles campiñas.

Y sin embargo, esa brillante prosperidad que la entusiasta imaginación de los antiguos poetas españoles ha pintado con tan ricos colores, no pudo prestar vida ni duración al imperio musulmán. La población morisca permaneció siempre extranjera al suelo español; y si bien algunos antiguos habitantes enlazando sus familias con las de los infieles aceptaron el nombre de *Mozárabes* ó *Arabes* por adopción, la fe cristiana mantuvo irreconciliable enemistad con el islamismo, y la espléndida dominación de los mahometanos hubo de sucumbir lentamente á los esfuerzos de los pobres y oscuros defensores del cristianismo.

Desde este momento la España se constituye en teatro de esa prolongada y estúpida lucha, en la que á despecho de multiplicados reveses, la obstinada energía de los cristianos estiende y afirma sus progresos. Abderramen, emir independiente de Córdoba, habia reinado treinta años con gloria. Mas estaban ya conmovidos los cimientos del imperio de los Moros al norte de la península. al impulso de una expedición de Carlomagno llamada por unos gobernadores rebeldes; y de haber *Alfonso 4.º* sometido enteramente la Cantabria, y haber fundado Froila el reino de Oviedo. Durante los disturbios que siguieron á la muerte del califa Hescham, *Alfonso el Casto*, rey de Asturias, llegó victorioso hasta las puertas de Lisboa, y el califa Al-Hakem, furioso por el éxito de unos sucesos que le arrancaban de su vida indolente, no supo tomar otra venganza sino la de sacrificar á sus propios súbditos.

En el reinado de Abderramen II, varias plazas del Aragon proclamaron su independencia; los Navarros pasaron el Ebro no sin haber experimentado antes algunas derrotas (841); y poco despues eligieron un rey. Las divisiones de las dos razas infeles, en Arabes propios y en Berberes de Africa que se habian unido á los primeros para llevar adelante la conquista, favorecian de continuo los esfuerzos de los cristianos. El intrépido *Ordoño*, rey de Galicia, acababa de alcanzar una brillante victoria contra el califa Mahometo (853), y los piratas normandos, sembraban el terror en las costas occidentales, cuando un gefe de bandidos sublevó todo el norte de España implorando el auxilio de los cristianos. *Alfonso el Grande*, digno hijo de Ordoño, ilustre por la batalla de Zamora (901), llevó sus victorias hasta el centro de las posesiones musulmanas, y se apoderó de la Lusitania y de la provincia de Toledo; pero el reinado del grande *Abderramen III*, que fue el primero que tomó el titulo de califa de Occidente, cortó de repente los progresos de los cristianos (912.)

Este fué el período mas brillante de la dominacion musulmana. Sugetadas de nuevo las provincias que se habian sublevado; y divididos los cristianos á su vez, despues de la muerte de Alfonso el Grande, dificilmente se defendieron en sus montañas, y la terrible batalla de *Símancas*, que costó cincuenta mil hombres al califa, solo interrumpió momentáneamente los sucesos de los Musulmanes. El imperio morisco se hallaba reconstituido; vencedor Abderramen de los Fatimitas, acababa de ser proclamado califa en Africa; sus numerosas flotas le daban el imperio del Mediterráneo, y el emperador de Constantinopla enviaba á solicitar su alianza contra los califas de Bagdad. En medio de los trabajos guerreros de su largo reinado, Abderramen hizo florecer en su córte las letras y las artes y desplegó toda su grandeza y magnificencia en la construccion del palacio de Córdoba, cuajado de oro y jaspes. No obstante al morir el califa, despues de cincuenta años de prosperidad y de gloria, confesó que apenas habia contado catorce dias felices.

Despues de este célebre reinado, ciertos califas indignos de su rango ocultaron en el espléndido palacio de Abderramen su voluptuosa é indolente vida, mirando con

indiferencia como su imperio se caia á pedazos. Deseoso Hescham II, de reanimar el entusiasmo religioso de los Arabes devolviendo su primitiva pureza á las observancias musulmanas, mandó arrancar las viñas y proscribió el uso del vino. El visir *Mohamet-al-Manzor* (el Victorious) lucha todavía mas enérgicamente contra la decadencia del reino; apeló á los brillantes recuerdos de la conquista, y por lo menos ilustró los últimos dias del califato con el brillo de sus hazañas. Arrinconados otra vez los cristianos en sus montañas, hubieron de ver como al héroe musulman se apoderaba de Barcelona y Zamora, tomaba por asalto la fuerte ciudad de Leon, saqueaba la venerada iglesia de Santiago de Compostela, patron de la España cristiana, y vencedor de los Edrisitas cuya sublevacion habia sofocado á la otra parte del estrecho, regresaba al centro de España, y perseguia á los habitantes de Navarra hasta al pie de los Pirineos. Cincuenta años de triunfos habian persuadido á Almanzor de que era invencible. Mas reunidos por fin los reyes de Leon y de Navarra, tras demasiado prolongadas rivalidades, para la defensa del nombre cristiano, esperaban á los infieles bajo los muros de *Medinaceli*. Daba Almanzor su quincuagésima séptima batalla; durante todo el dia disputó la victoria que por fin se ladeó por los cristianos y el visir murió desesperado (1004). Al mismo tiempo extenuados los musulmanes por sus victorias, volvieron á caer en el letargo, y el califato fue víctima de una disolucion general: las tribus africanas, llamadas á repoblar las campiñas despobladas por tantas guerras, aspiraron á la independencia; los Walis, soberanos en sus provincias, se negaron á reconocer la supremacia del impotente califa y convirtieron en reynos sus gobiernos. Diez y nueve estados se formaron de los despojos del imperio musulman, mientras que veinte oscuros pretendientes se arrebataban sucesivamente el trono de Córdoba. Con Haschem III se estinguió (1034) la dinastia de los Omiades, y la misma ciudad de Córdoba, antigua capital del califato de Occidente, ya no fue mas que la capital de una provincia.

§ IX. INCURSIONES DE LOS SARRACENOS EN FRANCIA Y EN ITALIA.

La España, única comarca de Europa destinada á sufrir durante muchos siglos la dominacion musulmana, no habia sido la única espuesta á sus ataques, pues toda la Europa meridional habia tenido que repeler sus invasiones ó sus latrocinios. Todavía no estaba enteramente sometida la España, cuando ya Muza, vencedor de las ciudades catalanas, traspuso los Pirineos y devastó la Septimania, antigua dependencia del reino de los Visogodos. Muy luego el emir Zama estableció en Narbona una colonia musulmana; y avanzaba por las riberas del Garona, cuando fue contenido por Eudes, duque de Aquitania, que le derrotó cerca de Tolosa (724). Ambiza tomó á Nismes y saqueó á Carcasona, «desde entonces, dice un autor árabe, el viento del islamismo empezó á soplar de todos lados contra los cristianos.» La Septimania, el país de Albi, la Rouerga y el Gevaudan, fueron víctimas de horribles devastaciones. Lo que se salvaba del hierro era presa de las llamas: los vencedores no conservaban sino lo que podían llevarse consigo: habian incendiado los conventos de las márgenes del Ródano, las iglesias de Lion, de Beaune, de Autun, y á esta sazón un ataque todavía mas terrible estremeció á la Galia y la Europa entera. Cruzó los Pirineos un ejército innumerable acudillado por el emir Abderramen, inundó todas las provincias, destruyó las tropas del duque de Aquitania, infatigable defensor de la Galia meridional, y se avanzó hacia el Loira. Ese inmenso esfuerzo de la invasion musulmana se estrelló en las llanuras de Poitiers contra la segur de Carlos Martel. Fué tal el desastre sufrido por el ejército de Abderramen, que los historiadores árabes dieron al campo de batalla el nombre de *Pavimento de la Mártires* (732).

Habiase salvado la cristiandad, mas no obstante la Europa tenia que defender, no ya su ecsistencia, sino la seguridad de sus playas. Marsella estuvo por un momento en poder de los musulmanes (739): en el reinado de Al-Hakem principiaron las grandes expediciones marítimas: quince mil piratas salieron de los puertos de España y fueron á guarecerse á la isla de Creta, desde don-

de llevaron el terror á todos los mares (847). Y aunque arrojados de Narbona y rechazados á la otra parte de los Pirineos por Pipino el Corto, y derrotados en España por Carlomagno, volvieron á presentarse varias veces en Francia. Hacia el año 889, veinte piratas desembarcaron en el fondo del golfo de San Tropez en la Provenza, dieron muerte á los habitantes del lugar inmediato y se establecieron en una peña que dominaba la entrada del golfo. Tal fué el origen del terrible apostadero de Fraxinet, que aumentando luego y fortificado se convirtió en una especie de república militar. Desde allí repitieron los Arabes sus devastadoras incursiones en la Provenza y Delfinado, las que no fueron interrumpidas hasta la aparicion todavía mas desastrosa de las bandas húngaras (924). Estando los Sarracenos en posesion de todos los pasos de los Alpes, pronto se unieron con los nuevos invasores para saquear la Helvecia y el Valès, permaneciendo dueños del país por espacio de cerca veinte años; arrojáronse despues sobre la Italia septentrional, á la que atemorizaron con el incendio de Acqui y el saqueo de las campiñas lombardas. Enfin, despues de la muerte de Abderramen III, pudo recobrase el Delfinado, y el castillo de Fraxinet, en donde hacia ochenta años se acumulaban los despojos de las comarcas vecinas, cayó en poder del conde de Provenza (975). De esta época data la ruina del poder musulman en el mediodia de la Francia.

En la misma sazón, la Italia meridional luchaba con trabajo contra los ataques todavía mas terribles de los Sarracenos de Africa. En 827, los Aglabitas desembarcaron en Sicilia y tomaron á Agrigento, Enna y Siracusa que fue destruida en 904, y fundaron un principado cuya capital fue Palermo, Llamados como ausiliares por los partidos que destrozaban la península, ya por los Griegos, ya por los Beneventinos, se apoderaron de Salerno y se apostaron sobre el monte Gargano para dominar toda la baja Italia. Cediendo la Cerdeña y luego la Córcega á sus repetidas invasiones, les hicieron dueños de todo el Mediterráneo occidental. Para sustraerse de sus ataques el papa Juan VIII tuvo que acudir con un tributo. En 946 Leon IV se vió obligado á levantar un muro que protegiera el arrabal del Vaticano contra las invasiones de los infieles. La sumision de los príncipes de Benevento

estendió el poder del emperador de Alemania hasta el mediodía de la península y puso mas eficaz barrera a los progresos de los musulmanes; desde entonces perdieron una por una todas sus posesiones en Italia. Pero la Cerdeña quedó en poder de los Zeiritas y Palermo en el de los Fatimitas, vencedores de la dinastía de Aglab, hasta que vinieron los caballeros normandos y sustrajeron la Sicilia á la dominacion de los infieles (1006).

CAPÍTULO VIII.

IMPERIO CARLOVINGIO.

SUMARIO.

§ I. Resultados del advenimiento al trono de Pipino el Corto.—Acrecentamiento de la influencia del clero.—Desarrollase el poder real.—El campo de mayo.—Espediciones militares de Pipino el Corto contra los Aquitanios, los Sarracenos, los Sajones y los Lombardos.

Reynado de Carlomagno.—Conquista de la Aquitania y de la Lombardia; guerras de Sajonia; lucha contra los Sarracenos; Carlomagno emperador de Occidente. Instituciones de Carlomagno.

§ II. Principio del poder temporal de los papas.—Roma se sustrae á la supremacia del imperio de Oriente y es gobernada por los soberanos pontífices.—Desavenencias del papa con los Lombardos; el papa solicita el auxilio de los Francos.—Pipino libra á Estevan II.—Donacion de la Pentápolis y del ducado de Roma hecha por Pipino y confirmada por Carlomagno.

§ I. HISTORIA DE LOS REINADOS DE PIPINO Y DE CARLOMAGNO.—ESTENSION DEL IMPERIO DE CARLOMAGNO.—INSTITUCIONES CIVILES, POLITICAS, ECLESIASTICAS Y LITERARIAS DE CARLOMAGNO.

Inmensos fueron los resultados producidos por el advenimiento de Pipino el Corto al trono de Francia. Despues de haber hecho prevalecer definitivamente la raza austrasiana ò germánica sobre la neustriana ó la de los antiguos Francos; contribuyó tambien poderosamente á acrecentar la pujanza del clero, que la política de Carlos Martel habia debilitado. Educado Pipino bajo la égida de la Iglesia, hizo intervenir á los prelados en su coronacion y les admitió en las asambleas nacionales del *Campo de Mayo*, totalmente guerrera en un principio, y la introduccion en ellas de la lengua latina, que era la del clero, fue otra de las causas de su influencia. Mientras que otro poder, el de la nobleza fundado por el feudalismo, no amenaza la